

Ayer fui a Misa a una congregación ungida por el Espíritu Santo, y doy fe de que en este lugar la gracia de Dios brota a raudales. Al terminar me quedo alabando y dando gracias a Dios y medito las palabras de "despedida" al terminar: "¡Podéis ir en paz!"

No es un "adiós", un "hasta luego"... más bien un recordatorio a salir a Evangelizar, a compartir lo que hemos recibido.

Durante la Eucaristía hermanados en comunidad, hemos escuchado la Palabra de Dios, hemos rezado y orado juntos, hemos alabado y elevado nuestra acción de gracias al Señor, hemos pedido de corazón por las intenciones de la Iglesia y la sociedad, nos hemos dado fraternalmente la paz, hemos vivenciado y ofrecido el sacrificio de Cristo en la Cruz, recibiendo en nuestro corazón al Señor mismo, comulgando con su Cuerpo y con su Sangre. El "Podéis ir en paz" no es un punto y final.

Si somos consecuentes con lo que hemos experimentado en la Eucaristía es el comienzo de un tiempo nuevo; del envío a continuar con nuestro peregrinaje en la fe; de prolongar en nuestra vida y en nuestro entorno familiar, social, profesional, vecinal, la Eucaristía recibida; de salir al encuentro de aquellos que no conocen el Amor de Dios.

El "Podéis ir en paz" no es un dilatador de conciencias, un "vete tranquilo que ya has cumplido". Es por el contrario, un "vete con la paz de Dios porque estás siendo enviado a predicar lo que has vivido".

Por tanto, de la Santa Misa uno no puede salir como si nada, de la misma manera con la que ha entrado en el templo. Uno debe salir fortalecido, alegre, ilusionado y convencido, sabiendo que ha crecido en su fe y en ese Cielo que el mismo Señor nos ha comunicado.

Y ese "Podéis ir en paz" al que contestamos con "Demos gracias a Dios", expresa la naturaleza misionera de la Iglesia. Una llamada a la misión. ¿Te apuntas?

¡Jesús, al igual que Tu fuiste enviado para predicar el reino de Dios con palabras y obras, y sellaste todo con tu muerte en la Cruz, quiero comprometerme contigo a llevar el testimonio de la fe a todo el mundo! ¡Señor, envíame tu Espíritu Santo para que la celebración eucarística no se quede en un vivir en el interior de la Iglesia, sino para ser testigo tuyo en mi vida cotidiana! ¡Ayúdame, Espíritu de Dios, a vivir todos los días según la Eucaristía! ¡Que mi vida sea una permanente ofrenda a Dios! ¡Ayúdame, Padre, a que mi relación con Jesús Eucaristía sea algo vital, que influya decisivamente en mi quehacer cotidiano y se traduzca en una verdadera vida de misión! Amén